

# Noche perfecta. [08-07-16]

Agustín Nicolas Molina

Image not found.

## Capítulo 1

Julio no pudo evitar sonreír al ver a aquel chico. Tendría unos doce años, seguro ya tenía pelos ahí abajo. Se le notaba un culito redondo. Carne tierna, pensó. No pudo más que acercársele.

-Pibe, ¿sabes si el 120 ya pasó? –dijo, titubeando un poco. Con la sonrisa aparecieron unas arruguitas junto a los ojos.

-No, creo que no. –Capaz se asustó un poco. Normal, pensó Julio, ya está de noche y el pendejo está solo.

Con un seco gracias fue a apoyarse contra la pared de un juguetería. En la vidriera, un policía arrestaba a un ladrón de ropa rayada. A su alrededor, varios osos de peluche miraban el vacío.

Sacó el teléfono. No era tan tarde como parecía. Tecleó algo rápido, la dirección y que sea rápido. Ojalá el Tano lo veo ya, deseó.

Lo observó otra vez. A él no le dolió casi nada, y eso que tenía nueve. El pibe se la iba a aguantar. Seguro practicaba algún deporte, tenía una pose esbelta y, aunque todavía chico, tenía la espalda ancha.

Le llegó la confirmación del Tano. En un toque caía. Todavía tenía el celular en la mano cuando el niño se dio vuelta para mirarlo. Bajó la vista y la fijó en la pantalla. Quizás el pendejo pensara que se reír de algo que estaba viendo por internet, o algo así.

El golcito gris del Tano era inconfundible. Lo vio apenas dobló por la esquina. Caminó hasta el borde la vereda, mirando a lo lejos por la calle. Ni bien se estacionó, el Charola, que venía atrás, le abrió la puerta. Él agarró al pibe, con la velocidad y firmeza que da la práctica, y se zambulló dentro.

Las acciones siguientes fueron casi rutinarias, mecánicas. Taparle la boca para que no grite, ponerle una venda en los ojos y atarle las manos. Trataban siempre de no hablar. Así es menos traumático para él, se decía Julio en cada oportunidad.

El viaje discurrió entre sollozos ahogados y mocos. Todos moqueaban, pero mientras no cayera en los asientos estaba todo bien. Nadie sujetaba al pibe. Le encantaba cuando se quedaban quietos después de sentir el arma en la cabeza. Las arruguitas volvieron a aparecer.

Cuando llegaron al galpón Julio miró al chico, y apartó la vista al instante. Ya era tarde, y la luna estaba bien alta. Lo agarraron entre el Tano y el Charola mientras Julio abría la puerta. Solo a oídos de ellos tres llegaban los gritos que emitía.

Él trataba de mantener la compostura, pero odiaba que gritaran de esa manera. Se recordaba a sí mismo, en el ático de la casa de su tío. Ni un solo grito, ni una sola palabra. No entendía porque no podían ser como él.

Lo tiraron sobre el colchón. Trató de escapar, el muy estúpido. Vendado y maniatado como estaba no llegaría lejos. De todas formas, El Tano le puso el fierro en la cara y el pibe se quedó quieto. Se dejó caer de rodillas al piso.

Siempre en silencio, desvistieron al chico. No se había equivocado, algo de

pelo tenía. Se está desarrollando bien, pensó mientras sostenía el miembro en la mano. Se lo llevó a la boca.

Lo normal era que, por el miedo, a ninguno se le ponga dura. Se alegró de que ese no fuera el caso.

Obligaron al chico a tumbarse en el colchón. Julio comenzó a quitarse la ropa, que fue decorando el piso de la estancia. Cuando volvió la vista sobre el chico, ya estaba esposado. Con los brazos extendidos y sujetos a unos pequeños pilares que salían del suelo, el pibe se removía. Sus piernas se elevaban en ángulos de 45°, colgando de cadenas.

El Tano y el Charola se sentaron en un sillón justo frente a ellos.

Disfrutaban mucho de masturbarse mientras Julio los violaba. Nunca tomaban parte del hecho en sí, ambos estaban casados y consideraban eso como una ofensa a su matrimonio, pero les excitaba en exceso.

Julio se arrodilló entre las piernas del chico. El pene estaba recobrando su flacidez normal, pero eso se podía arreglar. Se tendió sobre él para lamerle los pezones, dos pequeñas elevaciones sonrosadas. Con una mano estimulaba el miembro y con la otra un pezón.

Con la lengua fue dibujando círculos por todo el abdomen, y dando mordidas aquí y allá. Levantó la cabeza para mirar a sus camaradas. El ardor se notaba en sus ojos. Sin dejar de mirarlos llevó la boca hasta el glande que tenía en la mano.

Se fue poniendo dura con cada lamida, con cada beso. Pronto, si miembro también estuvo duro.

Se levantó sin pensarlo, ferviente de deseo. Eran contadas las ocasiones en que podía hacerlo, y no le gustaba desaprovecharlas. Se situó sobre el chico, con su torso entre las piernas. Se agachó para acariciar una de sus mejillas. Los sollozos aumentaron en intensidad y constancia. Pero no importaba. No mientras la tuviese dura.

Tomo el miembro del chico con su mano y la dirigió a su ano. Calzó perfectamente, y en cuestión de segundos las cadenas tintineaban por el movimiento. El pene de un niño no bastaba para sintiera verdadero placer, pero conocía varios movimientos que le darían una pequeña cuota.

Con un armonioso movimiento de cintura lograba que el pene rozara en el lugar adecuado. El éxtasis fue en aumento, y no pudo evitar soltar un débil gemido.

Tras varios minutos decidió parar. Cuando se levantó, un hilillo marrón corrió por su pierna. No recordaba qué había comido, pero no olía demasiado mal. Comprobó que tampoco sabía mal, o tal vez solo fuese el líquido pre seminal. Sea lo que fuere, le gustó.

Antes de continuar fue a lavarse. La sensación de que la cena le corra pierna abajo no le agradaba. Lamió el ombligo del Charola de camino al colchón. Pero no fue más allá. Conocía a su esposa, y no quería problemas.

En algún momento alguno de sus amigos había prendido la radio y los llantos no eran más que un murmullo. Mejor así, pensó.

Cuando volvió al colchón, el pene del chico no era más que un despojo de lo que hasta hacía unos minutos lo había excitado. Decidió no continuar

por ese camino. Si tenía que estar intentando parársela cada diez minutos, se le iría la noche.

Las nalgas, por otro lado, se le hacían irresistibles. Tenían cierta firmeza, y absolutamente nada de pelo. Eran hermosas.

Le dio una cachetada a una de ellas. El movimiento fue mínimo. No pudo contenerse y la mordió. No podía dejar de pensar en todas las cosas que le haría, pero debía ir una a una.

Las tocó durante un largo momento, jugando con ellas, divirtiéndose. Las besaba cada tanto, las apretaba y las estrujaba. En varios lugares ya estaban algo rojas, producto de numerosas palmadas.

Comenzó a besar dulcemente las piernas, sin alejar las manos de nalgas. Se metió un dedo a la boca, y posteriormente lo utilizó para estimular el esfínter del chico. Su lengua dibujaba cosas incomprensibles, utilizando como lienzo la piel blanca del hermoso culo que tenía frente a él.

Progresivamente fue acercándose al ano. Medianamente dilatado por su dedo, ese ojete representaba para él todo un manjar.

Lo devoró sin contemplaciones.

Alzó la cabeza para ver la reacción de sus amigos ante lo que iba a hacer. Estaban uno al lado del otro, tendidos en el sillón. Cada uno con la mano en el miembro del otro. Julio no dijo nada, quizás eso fuera algo positivo. Tres sonrisas afloraron en el galpón cuando dos dedos penetraron un ojete y un grito de dolor se vio sofocado por la guitarra de algún músico desconocido.

Retiró los dedos. Dos era un tamaño que el niño no soportaría a la primera. Se lamió el dedo índice y lo introdujo nuevamente, despacio. Lo sacó con un movimiento circular.

Separó las nalgas y enterró su cabeza entre ellas. Acariciaba con la lengua el delicado esfínter. De pronto se sorprendió masturbándose, pero tenía que esperar. Si lo penetraba ahora, era probable que lo desgarrara.

Dilatar un ano virgen lleva su tiempo, y eso es algo que Julio aprendió a fuerza de errores.

Se dispuso a introducir el dedo nuevamente. Con cada arremetida la lentitud con que lo hacía disminuía. Se inclinó sobre el cuerpo del chico y besó su torso.

Los sollozos no cesaban nunca.

-Cállate -dijo al tiempo que lo abofeteaba. Como castigo ahora serían dos dedos.

Volvió a arrodillarse entre las piernas colgantes. Escupió en su mano y esparció la saliva entre su dedo meñique y anular.

Tuvo que torcer un poco la mano para meterlos hasta el fondo, pero entraron. Realizar movimientos fluidos era dificultoso, y decidió cambiar. El dedo índice y corazón se abrieron paso con lentitud, poco a poco.

Cuando los sacó, estaban algo rojos. Continuó, penetrando lentamente.

Cada vez que entraban, y con la punta, acariciaba las paredes internas del recto.

Sacó los dedos y separó las nalgas. El agujero que se había formado, pensó, estaba bien. Le dolería un poquito, pero él ya no aguantaba ni un segundo más.

Se escupió el miembro, y lo dirigió al ano. El chico comenzó a removerse aún más de lo que ya lo hacía. ¿Por qué todos hacían lo mismo? Siempre era más fácil meterla si estaban quietos, y era menos doloroso para ellos. Pero no, a los malditos les gustaba moverse, y él se veía obligado a hacerlo sin cuidado. Voy a tratar primero de meterla despacio, de dijo, y si no me deja, allá él.

Las piernas a sus costados se movían frenéticamente. Utilizó una mano para aferrar la cintura del chico, mientras que la otra maniobraba con su miembro.

El glande de su pene calzó en el huequito, y pujó lentamente. Notó como los músculos de los glúteos se contraían alrededor de su miembro. Si retiraba el pene ahora, como él quería hacerlo, el pibe no lo dejaría volver a meterlo tan fácil.

Empujó.

La espalda del chico se arqueó. Un grito desgarró su garganta, pero no salió de su boca, los trapos que la obstruían lo impedían.

Retiró un poco el pene, dejando la mitad aun adentro. Volvió a embestirlo, y él volvió a gritar. De nada sirvieron tantos gritos, pues cada embestida era más fuerte que la anterior. La velocidad con que lo hacía también iba en aumento.

En un momento dado, Julio quiso ver la cara de sus amigos. Le verlos desbordados de placer. Se sorprendió al ver el miembro del Tano en la boca de Charola. Era la primera vez que sus amigos tenían relaciones entre ellos. Embistió al chico con todas sus fuerzas de pura alegría y una sensación de placer recorrió todo su cuerpo.

Sentía el semen subiendo por su miembro. Trato de retirarse deprisa. No lo consiguió, y parte de su semen quedo en el ojete del chico. El resto sí pudo volcarlo sobre él. Se sintió realizado una vez que acabó.

Se dirigió al baño, pero no pudo evitar notar que el Tano estaba a punto de eyacular. Corrió en su dirección y se tiró a sus pies. Charola continuó masturbándolo mientras dirigía los chorros de semen a la cara de Julio. Sentir el dulce calor del esperma en su piel fue de las mejores cosas de la noche. Se sintió un poco mal en ver cómo se alejaba de sí mientras se bañaba, pero no había opción. Aunque quisiera, no podía andar por la vida con manchas de semen seco en la cara.

Cuando salió del baño, el cuerpo del chico se hallaba tendido sobre el colchón, tal como lo había dejado. Sus amigos revisaban las escasas pertenencias que portaba cuando lo raptaron; en teléfono, algo de plata y un documento.

-¿Y, muchachos, qué vamos a hacer con el pibe? –preguntó, aprovechando que el chico, que ahora sabían que se llamaba Facundo, estaba aparentemente dormido. Era una discusión de rutina, que solo tenían para ver si alguna vez surgía algo nuevo.

-No sé, y la verdad, me da igual. –Típico. Charola siempre era el mismo.

-No lo podemos dejar ir –dijo el Tano-. Vos sabes qué pienso. Ha visto el auto, mira si nos pillan.

-Bueno, vos sabes qué hacer. –Vio como el Tano agarraba el arma y, como tantas otras veces, mataba sin asco a un pibe. A Julio se le removía

el estómago de ver tanta sangre fría. El Tano solo apuntaba y disparaba, y fin del asunto. No tenía la más mínima consideración.

-Ayúdame a cargar el cuerpo, Julio. Y trae las bolsas. Si mi mujer ve sangre en el auto, me mata.

Cargaron el cuerpo inerte en el baúl, como tantos otros. Subieron al auto y partieron. El camino de regreso fue tan silencioso como el primero. Charola iba casi dormido en el asiento trasero; Tano manejaba con gesto adusto y no quitaba los ojos del camino. Julio, por su parte, miraba por la ventanilla pensando en qué iba a desayunar ese día. Debería ser algo rápido, para acostarse pronto, en la tarde tenía que trabajar y ni quería quedarse dormido.

El coche se detuvo sobre un gran puente. El olor a putrefacción los invadió nada más pisar el suelo. A esa hora pasaban poco autos, y en ese momento el tráfico era nulo. Bajaron el cuerpo rápidamente, y lo tiraron al Riachuelo. Ahí nadie los buscaba, nadie se quería meter ahí.

Después pasaron a dejarlo al Charola en la estación y siguieron el camino. Al rato entraron en el barrio, y posteriormente en la cochera de la casa del Tano.

Julio vivía allí desde hace un tiempo, cuando perdió el anterior trabajo y no pudo seguir costeando el alquiler. Deseo que su cuñada no estuviese despierta, a veces era una verdadera molestia. Quería coronar una noche perfecta con un desayuno tranquilo.

Copyright © [2015-2016] [Agustin Nicolas Molina]